

Los negros fosos de la Luna

Robert A. Heinlein

1961

* * *

El primer domingo después de nuestra llegada a la Luna fuimos a Rutherford. Papá y míster Latham – míster Latham es el agente del Harriman Trust, a quien papá vino a ver a la Luna –papá y míster Latham, digo, tenían que ir a sus negocios. Conseguí que papá me prometiese que me dejaría ir también, porque me parecía la única posibilidad de conocer alguna vez la superficie de la Luna. Luna City es bonito, desde luego, pero os reto a que distingáis un corredor de Luna City de los subterráneos de Nueva York, salvo que, desde luego, se siente uno los pies más ligeros.

Cuando papá entró en nuestras habitaciones del hotel a decirnos que estábamos a punto de marcha, yo estaba sentado en el suelo jugando al boliche con mi hermanito menor. Mamá se había echado y me había pedido que no dejase al pequeño que metiese ruido. Había sentido vértigo durante todo el viaje desde la Tierra y creo que no se encontraba muy bien. El mocoso había estado todo el viaje jugando con las luces, apagándolas y pasando de «penumbra» a «sol del desierto», y vuelta a empezar. Lo agarré por el cogote y lo senté en el suelo.

Desde luego, no juego ya al boliche, pero en la Luna es verdaderamente un buen juego. La bola prácticamente flota y se puede hacer lo que se quiera con ella. Inventamos una serie de nuevas reglas.

–Prepáralo todo, querida –dijo papá –... Nos vamos enseguida a Rutherford. Vamos a prepararnos.

–¡Oh, Dios me asista! –dijo mamá –. No creo tener fuerzas para ir. Ve tú y Dicke. «Baby Darling» y yo nos quedaremos tranquilamente aquí.

«Baby Darling» es el mequetrefe.

Hubiera podido decir a mi madre que era un mal principio. A poco me salta un ojo con el palo, y dijo:

–¿Eh? ¿Cómo? ¡Yo también voy! ¡Vámonos!

–¡Oh, no, «Baby Darling»! –dijo mi madre –. No des disgustos a mamá. Iremos los dos al cine.

Comentario [LT1]:

El crío tiene siete años menos que yo, pero no lo llaméis «Baby Darling» si queréis sacar algo de él. Comenzó a berrear.

–¡Dijiste que podría ir! –chillaba.

–No, «Baby Darling», no te he dicho nada de esto. Te he...

–¡Papá dijo que podía ir!

–Richard, ¿le has dicho al chico que podría ir?

–Pues... no, querida, que yo recuerde, no. Quizá...

–Dijiste que podía ir donde fuese Dickie –cortó el chiquillo en seco –. ¡Me lo prometiste, me lo prometiste, me lo prometiste!... –Algunas veces hay que ceder ante el muchacho; los tuvo allí, chillando sobre quién se lo había dicho o no, hasta que cedieron. En todo caso, veinte minutos después los cuatro nos dirigíamos al cohete, con mister Latham, y tomábamos el cohete de ida y vuelta de Rutherford.

El viaje no dura más que diez minutos y apenas se ve nada; sólo una vista de la Tierra mientras el cohete está cerca de Luna City, y aun allí ni esto, porque las instalaciones atómicas a las que nos dirigíamos se encuentran en la superficie posterior de la Luna. Eramos aproximadamente unos doce turistas, y la mayoría de ellos enfermaron de vértigo en cuanto emprendimos el vuelo. Mamá también. Hay gente que no se acostumbra nunca a los cohetes.

Pero mamá se encontró inmediatamente bien en cuando aterrizamos y nos metimos dentro. Rutherford no es como Luna City; en lugar de tender un tubo hasta la nave, mandan un vehículo a presión que se adapta a la compuerta de aire del cohete y traslada a la entrada del subterráneo, situada a poco más de kilómetro y medio del campo. Aquello me gustaba y al pequeño también. Papá tuvo que irse a tratar de negocios, con mister Latham y nos dejó a mamá, al pequeño y a mí que nos juntásemos con el grupo de turistas para dar una vuelta por los laboratorios.

No estaba mal, pero no era nada para entusiasmarse. Pero lo que pude ver, una instalación atómica se parece mucho a otra; Rutherford podía muy bien haber sido la instalación principal de las afueras de Chicago. Quiero decir que todo lo que tiene algo de particular está fuera de la vista, oculto. Lo único que se ven son relojes y cuadros de instrumentos y gente que los vigila. Un personal de control remoto, como en Oak Ridge. El guía explica los experimentos que se están realizando y enseñan un poco de cine, eso es todo.

Me gustaba nuestro guía. Se parecía a Tom Jeremy, de Los Patrulleros del Espacio. Le pregunté si era un hombre del espacio, y me miró de una manera extraña y me dijo que no, que no era más que explorador del Servicio Colonial. Después me preguntó dónde había ido a la escuela y si pertenecía a los Boy Scout. Me dijo que era maestro de scouts, Tropa Uno, Rutherford City, Patrulla Moonbat.

Me enteré de que no había más que un Grupo; no había muchos scouts en la Luna, por lo visto.

Papá y mister Latham se reunieron con nosotros en el preciso momento en que terminábamos nuestra visita, mientras mister Perrin o sea, nuestro guía –anunciaba la excursión exterior.

–La visita acompañada de Rutherford –decía, hablando como si se tratase de una lección –incluye una excursión en traje del espacio a la superficie de la Luna sin recargo, visitando el Cementerio del Diablo y el lugar del Gran Desastre de 1984. La excursión –es facultativa. No comporta peligro excepcional alguno, ni hemos tenido nunca ningún herido; pero la comisión exige que firmen ustedes que la realizan bajo su propia responsabilidad, los que se decidan a tomar parte en ella. El paseo dura cosa de una hora. Los que prefieran renunciar a ella encontrarán cines y refrescos en la sala de café.

Papá se frotaba las manos.

–¡Esto está hecho para mí! –exclamó –. Mister Latham, celebro haber regresado a tiempo. No hubiera querido perder esto por nada del mundo.

–Le gustará a usted –asintió mister Latham –, y a usted también, mistress Logan. Estoy tentado de acompañarles también.

–¿Y por qué no lo hace usted? –preguntó papá.

–No, quiero tener los documentos preparados para que el Director y usted puedan firmarlos antes de regresar a Luna City.

–¿Y por qué se toma usted tanta molestia? –insistió papá –. Si la palabra de un hombre no cuenta, un papel firmado no tiene más valor. Puede usted mandármelo por correo a Nueva York.

–No, de veras –dijo mister Latham moviendo la cabeza –. He estado en la superficie docenas de veces. Pero vendré a ayudarles a ustedes a ponerse los trajes del espacio.

–¡Ah, Dios mío! –suspiró mi madre. No parecía que le gustase ir; consideraba insoportable la idea de verse encerrada en un traje del espacio y, además, el resplandor cegador del sol le daba siempre jaqueca.

–No seas tonta, querida –dijo papá –, es la oportunidad de tu vida.

Y mister Latham le explicó que los filtros de los cascos impedían que la luz deslumbrase. Mi madre siempre se queja y después cede. Tengo la impresión de que las mujeres no tienen fuerza de voluntad. Como la noche anterior – la noche terrestre quiero decir, no la del horario de Luna City –se había comprado un traje lunar de fantasía para llevarlo durante la cena en el Belvedere de la Tierra del hotel, empezó a enfriarse. Le dijo a papá que estaba demasiado regordeta para vestirse de aquella forma.

La verdad era que el traje dejaba mucha carne al descubierto.

–¡Qué tontería, querida! –le dijo papá –. ¡Estás encantadora!

Así, pues, al final se lo puso y pasó unas horas deliciosas, especialmente cuando un piloto trató de conquistarla.

Lo mismo ocurrió esta vez. Vino con nosotros. Entramos en el vestidor y dirigí una mirada circular, mientras Perrin ayudaba a todo el mundo a vestirse después de haberles hecho firmar la declaración jurada. En el extremo de la sala había la puerta de la esclusa que daba a la superficie de la Luna, con un ojo de buey en ella y otro similar en la compuerta exterior. A través de ellos podía verse el suelo lunar, con un aspecto brillante e imposible de mirar a pesar de los vidrios ambarinos de ambas aberturas. En la habitación había una doble hilera de trajes del espacio, que parecían hombres vacíos colgados. Yo anduve escudriñándolo todo hasta que mister Perrin se ocupó de nuestro grupo.

–Podríamos dejar al pequeño al cuidado de la encargada del café –le estaba diciendo a mi madre. Tendió una mano y acarició el cabello de mi hermano. El rapaz trató de morderla y él la retiró tan rápidamente como pudo.

–Gracias, mister Perkins –dijo mamá –. Creo que es lo mejor, si bien quizá sería conveniente que me quedase yo también a cuidar de él.

–Me llamo Perrin, señora –dijo mister Perrin sonriendo humildemente –. No será necesario. La encargada se ocupará de él.

¿Por qué hablará en voz alta la gente mayor delante de los chiquillos, como si éstos no entendiesen nada? Hubieran debido limitarse a meterlo en el café. Ahora el mocoso sabía que lo iban a dejar y miraba a su alrededor en actitud beligerante.

–Yo voy también dijo –. Me lo habéis prometido.

–Escucha, «Baby Darling» –decía mamá tratando de calmarlo –. Mamá querida no te ha dicho... –Pero era predicar en el desierto; el chiquillo iba a argumentos más decisivos.

–Dijiste que podía ir donde fuese Dickie, me lo prometiste cuando me sentí mal. Me lo prometiste, me lo prometiste –, y así una y otra vez; aumentando progresivamente el tono y volumen de la voz.

Mister Perrin parecía embarazado.

–Richard –dijo mamá –, tienes que imponerte con tu hijo. Al fin y al cabo fuiste tú quien se lo prometió.

–¿Yo, querida? –exclamó papá, al parecer sorprendido –. De todos modos, no veo que la cosa sea tan complicada. Supongamos que le prometiésemos, en efecto, llevarlo donde fuese Dickie; pues con que venga con nosotros la cosa está arreglada.

–Temo que no –dijo mister Perrin después de carraspear –. Puedo poner a su hijo mayor un traje de mujer, es bastante alto para su edad; pero para los pequeños no tenemos.

En una palabra, nos encontramos metidos en un lío en menos que canta un gallo. El mequetrefe conseguía siempre hacer bailar a mamá como una peonza. Mamá producía el mismo efecto en mi padre. Este se pone colorado y descarga su cólera sobre mí. Es como una especie de reacción en cadena sin nadie en quien yo pueda descargar mis iras. Llegamos a una solución muy sencilla: yo me quedaría también y cuidaría de la monada de mi hermanito, «Baby Darling».

–¡Pero, papá, me has dicho!... –comencé.

–No importa –cortó él en seco –. No quiero ver a mi familia sostener una querrela en público. Ya has oído lo que ha dicho tu madre.

–Oye, papá –dije yo, desesperado, tratando de hablar en voz baja –, si regreso a la Tierra sin haber probado un traje del espacio ni haber puesto los pies en la superficie de la Luna, tendré que buscarme otro colegio. No quiero volver a Laurenceville; no quiero ser la mofa de toda la clase.

–Ya arreglaremos esto cuando lleguemos a casa.

–Pero, papá, me has prometido especialmente...

–Basta ya, muchacho. Terminado el incidente.

Míster Latham no se habla movido de nuestro lado pero no dijo esta boca es mía. Al llegar a este punto, le guiñó el ojo a papá y, pausadamente, dijo:

–En fin, R. J.... ¿Supongo que su palabra es palabra?

Todos fingimos no haber oído estas palabras, porque no es conveniente que papá sepa que sabemos que no tiene razón; no hace más que empeorar las cosas. Apresuradamente, cambié de tema.

–Oye, papá, quizá podríamos salir todos. ¿Y aquel traje de allí? –dije, señalando un traje colgado de un perchero detrás de la reja de una puerta. En el perchero había una docena' de trajes colgados y el del extremo era tan pequeño que los zapatos apenas llegaban al pecho del contiguo.

–¿Eh? –dijo papá, animándose –. ¡Pues claro, exacto! ¡Míster Perrin... un momento! Creía que no tenía usted trajes pequeños, pero allí hay uno que creo servirá.

Papá accionaba ya el picaporte de la puerta enrejada cuando míster Perrin lo detuvo.

–No podemos tocar ese traje, señor.

–¿Eh? ¿Por qué?

–Todos los trajes que están detrás de la verja son de propiedad particular, no se alquilan.

–¿Cómo? ¡Que tontería! Rutherford es una empresa pública; quiero este traje para mi hijo.

–Pues no puede usted utilizarlo.

–Hablaré con el director.

–Temo que se verá usted obligado a ello. Este traje fue confeccionado ex profeso para su hija.

Y eso fue lo que hizo. Míster Latham conectó con el Director por el micrófono, papá habló con él, después el director habló con mister Perrin y volvió a hablar de nuevo con papá. El director no tenía inconveniente en prestar el traje, aunque de todos modos no a papá; pero no daría orden a míster Perrin de que sacase a un chiquillo de corta edad a la superficie.

Míster Perrin se mostraba obstinado y yo no le censuraba. Pero papá le untó las plumas y al poco rato nos estábamos metiendo todos en nuestros respectivos trajes, introduciendo la presión necesaria y el suministro de oxígeno indispensable, y conectando nuestros teléfonos visuales portátiles. Mister Perrin estableció la comunicación por radio, recordándonos que todos estábamos en el mismo circuito y que, por lo tanto, haríamos bien en dejarle hablar a él y no hacer observaciones ociosas; de lo contrario, ninguno de nosotros oiría nada. Después nos metimos en la compuerta de aire y nos recomendó que estuviésemos muy juntos, y que no intentásemos ver a qué velocidad podíamos correr ni a qué altura saltar. Mi corazón latía furiosamente en mi pecho.

La puerta exterior de la compuerta se abrió y nos encontramos en la superficie de la Luna. Era tan maravilloso como yo había soñado, pero era tal mi excitación que de momento no me di cuenta de ello. El resplandor del sol era la cosa más brillante que había visto en mi vida, y las sombras tan negras, que era absolutamente imposible ver nada en ellas. Era imposible oír otra cosa que las voces de la radio, pero podíamos cerrar el interruptor.

La piedra pómez era tenue y nuestros pies la levantaban como humo, fijándose y volviendo a caer lentamente como copos de nieve. Nada más se movía. Era el lugar más muerto que sea posible imaginar.

Seguíamos como en un sendero, muy juntos para hacernos compañía, salvo dos veces en que tuve que correr detrás del rapaz, que había descubierto que podía dar saltos de seis metros. Quise abofetearlo, pero ¿han probado ustedes alguna vez de abofetear a alguien que lleve un traje del espacio? Es inútil.

Míster Perrin nos dijo que nos detuviésemos y Comenzó a hablar.

Se encuentran ustedes ahora en el Cementerio del Diablo. Los picos idénticos que tienen ustedes delante están a mil quinientos metros sobre el nivel de la llanura, y no han sido nunca escalados. Los picos monumentales han sido llamados por los nombres de personajes imaginarios y mitológicos debido a la semejanza de esta fantástica escena con un cementerio de gigantes; Belcebú, Thor, Siva, Cain, Set, etc... –Describió un gesto circular. –Los selenógrafos no están de acuerdo sobre el origen de estas extrañas formas. Unos pretenden ver indicios de la acción del aire y el agua así como de la erupción volcánica. Si es así, estos picos deben de existir desde tiempos incalculables, porque hoy, como pueden ver, la Luna...

Era un discurso como se puede leer cada mes en el Spaceways Magazine, sólo que nosotros lo estábamos viendo, y la cosa cambia mucho, permítanme que se lo diga.

Aquellas cumbres me recordaban un poco las rocas que dominan la cueva del Jardín de los Dioses de Colorado Springs, donde estuvimos el verano pasado, sólo que estos picos eran mucho mayores y en lugar de un cielo azul no hay más que tinieblas y unas estrellas duras y brillantes en todo lo alto. ¡Fantasmagórico!

Con nosotros había venido otro guía con una cámara fotográfica. Míster Perrin trató de decir algo, pero el rapaz había empezado a dar berridos y tuvo que cerrar su radio para que pudiésemos oírle. La mantuve cerrada hasta que mister Perrin hubo terminado de hablar.

Quería que nos alineásemos para sacar una fotografía nuestra en aquellos picos y con el cielo negro como fondo.

–Adelanten los rostros en el casco a fin de que se vean sus facciones. Todo el mundo quedará bien. ¡Listos! –gritó en el momento en que el otro disparaba la máquina –. Las copias estarán listas a su regreso a diez dólares cada una.

Reflexioné. Desde luego, quería una para mi dormitorio del colegio y otra para dar a... bueno, necesitaba otra. De las propinas de mi cumpleaños me quedaban dieciocho dólares, podría sacarle el saldo a mamá. Encargué, pues, dos de ellas.

Trepamos por una larga cuesta y nos encontramos súbitamente delante de un cráter, el cráter del célebre desastre, todo lo que quedaba del primer laboratorio. Se extendía delante de nosotros en una extensión de más de treinta kilómetros, con el suelo cubierto de un cristal brillante verde e hinchado en lugar de piedra pómez. Allí se alzaba un monumento, y leí:

AQUI DESCANSAN LOS RESTOS MORTALES

DE

Kurt Shaeffer

Maurice Feinstein

Thomas Dooley

Hazel Hayahawa

G. Washington Slappey

Sam Houston Adams

MURIERON POR LA VERDAD

QUE HACE A LOS HOMBRES UBRES

El 11 de agosto de 1984

Experimenté una extraña sensación y, retrocediendo, fui a escuchar a míster Perrin. Papá y algunos otros le estaban haciendo preguntas.

–No se sabe exactamente –iba diciendo –, no quedó nada. Ahora telemetramos todos los datos a Luna City a medida que van apareciendo en los instrumentos, pero esto ocurrió antes de que se instalase la línea de relevos ópticos.

–¿Qué hubiera ocurrido –preguntó alguien si esta explosión hubiese tenido lugar en la Tierra?

–No quiero intentar siquiera decírselo, pero por esto pusieron la lápida aquí, en la Luna. –Consultó su reloj. –Es hora de marcharse, señores.

Ibamos todos a dar la vuelta para dirigirnos al sendero, cuando mamá lanzó un grito.

–¡Baby! ¿Dónde está «Baby Darling»?

Quedé impresionado, pero no asustado todavía. El mocosó ése anda siempre rondando de una parte a otra, pero nunca se aleja mucho, porque necesita siempre tener alguien a quien molestar.

Mi padre, que rodeaba a mi madre con un brazo, hizo una seña en dirección a mí con el otro.

–Dick –gritó con voz aguda por el auricular –, ¿qué has hecho de tu hermano?

–¿Yo? –dije –. No me mires así. La última vez que lo vi, mamá lo llevaba de la mano subiendo la colina.

–No vengas con excusas, Dick. Mamá se sentó para descansar y te lo mandó a ti.

–Pues si lo mandó, no vino.

Ante mis palabras, mamá se echó a llorar, desconsolada. Todo el mundo nos había oído, desde luego, pues no había más que un circuito de onda. Mister Perrin avanzó y cerró el micrófono de mamá, estableciéndose un súbito silencio.

–Ocúpese de su esposa míster Logan –ordenó, añadiendo –: ¿Cuándo ha visto usted a su hijo por última vez?

Papá no podía decirselo; cuando trataron de conectar nuevamente el circuito de mamá, lo volvieron a desconectar en el acto. No podía soportarlo y nos ensordecía. Míster Perrin se dirigió a nosotros.

–¿Ha visto alguien al chiquillo que venía con el grupo? No contesten si no tienen algo que decir. ¿Lo ha visto alguien alejarse?

Nadie lo había visto. Yo supuse que se habría escondido cuando todo el mundo estaba mirando el cráter y le volvía la espalda. Así se lo dije a míster Perrin.

–Parece probable –asintió –. ¡Atención todo el mundo! Voy en busca del chiquillo. No se muevan de donde están. No se alejen de este punto. No estaré ausente más de diez minutos.

–¿Por qué no vamos todos? –quiso saber alguien.

–Porque hasta ahora no hay más que un desaparecido –dijo míster Perrin –y no quiero que haya una docena. –Se marchó dando grandes saltos que cubrían quince metros cada uno.

Papá comenzó a irse tras él, pero cambió de parecer, porque mamá súbitamente cayó de rodillas, deslizándose suavemente al suelo. Todo el mundo empezó a hablar a la vez. Un idiota quiso quitarle el casco, pero papá no se ningún imbécil y no lo permitió. Yo conecté mi radio de manera que pude oír, pensar y mirar a mi alrededor sin abandonar el grupo, pero permaneciendo en el borde del cráter tratando de ver cuanto pudiese.

Miré hacia el camino que habíamos seguido para llegar, pues de nada servía mirar hacia el cráter; si hubiese estado allí, lo hubiéramos visto como una mosca en un plato.

Fuera del cráter la cosa era diferente; detrás de una de las rocas se hubiera podido ocultar un regimiento; eran masas rocosas como casas, con enormes agujeros en medio, agujas simas, era un caos. De vez en cuando podía ver a mister Perrin, rondando como un perro tras un conejo, empleando mucho tiempo. Prácticamente volaba. Cuando llegaba ante una gran peña la salvaba de un salto mirando hacia abajo, una vez en el aire, para poder ver mejor.

Después se dirigió nuevamente hacia nosotros y yo volví a cerrar la radio. Se hablaba todavía mucho. Alguien decía:

«Tenemos que encontrarlo antes de la puesta de sol.» Y alguien contestó: «No diga tonterías; el sol no se pondrá antes de una semana. Es su provisión de aire, le digo. Estos trajes sólo sirven para cuatro horas.» Y la primera voz dijo: «¡Oh –y añadió suavemente –: Como un pez fuera del agua...»

Entonces fue cuando empecé a tener miedo.

–¡Pobre, pobre criatura! –dijo la voz de una mujer, compasiva y ahogada. –Tenemos que encontrarlo antes de que se asfixie.

Y la voz de mi padre cortó en seco:

–¡Basta ya de decir estas cosas!

Oí que alguien sollozaba. Podía ser mamá.

Míster Perrin estaba ya casi junto a nosotros e intervino:

–¡Silencio! Tengo que llamar a la base. –Y seguidamente dijo –: ¡Aquí, Perrin, llamando a la base... Perrin llamando al control de compuerta de aire!... ¡Perrin llamando al control de compuerta de aire...!

–Diga, Perrin –dijo una voz de mujer.

Él le contó lo que ocurría y añadió:

–Mande a Smythe a que acompañe este grupo de regreso; yo me quedo. Necesito a todos los exploradores disponibles y búsqume voluntarios entre los más experimentados. Dé órdenes por radio para que salgan enseguida los primeros.

No esperó mucho tiempo, porque llegaron brincando como saltamontes. Debían de andar a setenta u ochenta kilómetros por hora. Debía de ser un espectáculo digno de verse, si no sintiese aquella congoja en mi estómago.

Papá comenzó a discutir acerca del regreso, pero Perrin le hizo callar.

Si no se hubiese usted empeñado en salirse con la suya, no nos encontraríamos metidos en este lío. Si hubiese usted seguido la pista de su hijo no se hubiera extraviado. También yo tengo hijos; no los dejaré nunca salir a la superficie de la Luna mientras no sean lo bastante crecidos para cuidar de sí mismos. Usted va a regresar; no puedo asumir la carga de ocuparme, además, de todos.

Creo que papá se hubiera peleado con él si en aquel momento mamá no se hubiese desvanecido de nuevo. Regresamos con el grupo.

Las dos horas siguientes fueron horribles. Las pasamos sentados fuera del cuarto de control, mientras oíamos a mister Perrin dirigir la busca por el altavoz. Al principio pensé que en cuanto hiciesen funcionar el radio detector encontrarían al chiquillo por el zumbido de su energía, aunque no dijese nada; pero no tuvimos tal suerte; no sacaron nada de él. Y los buscadores no encontraron nada tampoco.

Lo peor del caso era que ni mamá ni papá trataban siquiera de censurarme. Mamá lloraba suavemente y papá trataba de consolarla, cuando levantó la vista y me miró con una curiosa expresión. Yo creo que ni tan sólo me vio, pero creí que estaba pensando que si yo no hubiese insistido en salir también, la cosa no hubiera ocurrido.

–No me mires así, papá –dije –. Nadie me dijo que lo vigilase; creí que estaba con mamá.

Papá se limitó a mover la cabeza sin contestar. Parecía cansado y desfallecido. Pero mamá, en lugar de achacarme a mí lo ocurrido y gritar, cesó en sus lloros y consiguió sonreír.

–Ven aquí, Dickie –dijo, rodeándome con un brazo –. Nadie te censura; no ha sido culpa tuya. Recuerda esto, Dickie.

Y así la dejé que me besase y me senté con ellos un rato, pero me sentía peor que nunca. Estaba pensando en el chiquillo, que estaba en algún rincón de por allá, consumiendo su oxígeno. Quizá no era culpa mía, pero hubiera podido evitarlo y me daba cuenta de ello. No hubiera debido confiar en mamá para vigilarlo; no sirve para estas cosas. Es una de aquellas personas que un día perdería la cabeza si no la llevase bien sujeta a los hombros; era como una especie de adorno. Una madre buena, comprenden, no es práctica.

Tomaría la cosa muy mal si el chiquillo no regresaba. Y papá también... y yo. El chiquillo era una verdadera calamidad, pero nos parecería extraño ahora no tenerlo siempre entre piernas. Estaba pensando en la observación: «como un pez fuera del agua».

Una vez rompí casualmente una pecera y todavía recuerdo el aspecto que ofrecían los peces. No era bonito. Si el chiquillo tenía que morir de aquella manera...

Me callé y decidí buscar alguna forma de ayudar a encontrarlo.

Al cabo de un momento estuve convencido de que podría encontrarlo si tan sólo querían dejarme ayudar a buscarlo. Pero no querían, desde luego.

El doctor Evans, el director apareció de nuevo –nos había acogido cuando llegamos –y preguntó si podía servirnos en algo y cómo se encontraba mistress Logan.

–Ya sabe usted que por nada de este mundo hubiera querido que esto ocurriera añadió –. Hacemos cuanto está en nuestra mano. Voy a ordenar que lancen algunos detectores de metal desde Luna City. Podríamos encontrar al chiquillo por el metal de su traje.

Mamá le preguntó si no podrían utilizarse perros y el director ni tan sólo se rió de ella. Papá propuso helicópteros, después se corrigió y lo dejó en cohetes. El doctor Evans le hizo ver que era prácticamente imposible examinar de cerca el suelo desde un helicóptero.

Yo me lo llevé aparte e insistí en que me dejase tomar parte en la búsqueda. Estuve cortés, pero no me hizo caso, de manera que insistí.

–¿Qué te hace creer que puedes encontrarlo?–me preguntó –. Tenemos en la tarea los hombres más experimentados de la Luna. Temo, muchacho, que te perderías o sufrirías daño si quisieras equiparte con ellos. En estas regiones, si pierdes un instante los jalones de vista, puedes considerarte irremisiblemente perdido.

–Pero, discúlpeme, doctor –le dije –, conozco a ese granuja... quiero decir a mi hermanito, mejor que nadie. No me perderé; es decir, me perderé, pero sólo como se ha perdido él. Puede mandar seguirme por alguien.

El director lo pensó.

–Vale la pena de intentarlo –dijo súbitamente –. Iré contigo. Vamos a vestirnos.

Salimos rápidamente, dando zancadas de diez metros, lo mejor que conseguía hacer, incluso agarrándome el doctor Evans por el cinturón para impedirme tropezar. Míster Perrin nos esperaba. Pareció dudar de mi plan.

–Quizá el viejo ardid de la «mula perdida» salga bien –reconoció –, pero seguiré manteniendo la busca normal a pesar de todo. Oye, pequeño, coge esta lámpara. La necesitarás en la oscuridad.

Me detuve al borde del cráter y traté de imaginar qué haría el chiquillo, si estuviese aburrido y quizá un poco vejado por la falta de atención hacia él. ¿Qué haría, entonces?

Comencé a bajar la pendiente, sin dirigirme a ninguna parte, en la forma como lo hubiera hecho un chiquillo. Entonces me detuve y mire atrás, para ver si papá, mamá y Dickie se habían fijado en mí. Me seguían, desde luego; el doctor Evans y míster Perrin estaban detrás de mí. Fingí no darme cuenta y seguí adelante. Estaba ya cerca del primer amontonamiento de rocas y me agaché detrás de la primera que encontré. No era lo suficientemente alta para ocultarme, pero hubiera ocultado al pequeño. Me pareció que era lo que debió de hacer; adoraba jugar al escondite, lo convertía en el punto de atracción.

Reflexioné. Cuando el pequeño jugaba al escondite, su instinto era siempre esconderse debajo de algo, una cama, un sofá o un automóvil, incluso bajo la fregadera. Miré a mi alrededor. Había una gran cantidad de buenos sitios; las rocas estaban llenas de agujeros y cavernas. Comencé a examinarlas. Parecía no haber esperanzas, debía haber centenares de sitios semejantes por aquellos alrededores.

Míster Perrin se acercó a mí mientras salía a gatas del cuarto escondrijo.

–Los hombres han lanzado destellos de luz a todos estos sitios –me dijo –. Me parece que es inútil, pequeño.

–O. K. –dije, pero seguí mi trabajo. Sabía que podía llegar a rincones a los que no tenía acceso un hombre mayor; sólo esperaba que el muy granuja no hubiese encontrado un sitio al que yo no pudiese llegar.

Proseguí mi trabajo; empezaba a tener frío y calambres y me encontraba terriblemente cansado. La luz directa del sol es abrasadora en la luna, pero al cabo de un segundo en la sombra hace frío. Bajo aquellas rocas jamás experimenté el menor calor. Los trajes que nos dan a nosotros los turistas están bastante bien aislados, pero el extraaislamiento reside en los guantes o zapatos y asiento del pantalón, y me pasaba la mayoría del tiempo de barriga al suelo, serpenteando para meterme en sitios extraños.

Estaba tan entumecido que no podía casi moverme y toda mi parte delantera era como, hielo. Por otra parte, aquello me daba otro motivo de preocupación: y el chiquillo, ¿no estaría frío también?

Si no me hubiese acordado del aspecto de aquellos peces y de que quizá el muchacho estaría ya frío antes de que yo pudiese llegar a él, hubiera abandonado la partida. Estaba vencido. Por otra parte, asusta mucho meterse en aquellos agujeros, no sabe uno nunca lo que puede encontrar en ellos.

El doctor Evans me agarró del brazo, sacándome de uno de ellos, y, juntando su casco al mío, oí su voz directamente.

–Será mejor que lo dejes, muchacho, te estás extenuando y no has cubierto ni un acre de terreno. Yo lo aparté. El sitio siguiente era una pequeña depresión de menos de un palmo de profundidad. Dirigí la luz al fondo, pero estaba vacío y no parecía llevar a ninguna parte. Entonces vi que formaba un recodo. Me eché al suelo y lo inspeccioné. El recodo se extendía más lejos, bajando. No creí útil profundizar más, porque el pequeño no hubiera podido serpentear muy lejos en la oscuridad, pero me metí un poco más adelante y enfoqué la luz.

Vi una bota que salía.

Eso fue todo. A poco destrozo mi casco al salir, pero arrastraba al muchacho tras de mí. Estaba blando como un gato y su expresión era curiosa. Míster Perrin y el doctor Evans me rodearon al salir, dándome palmadas en la espalda y gritando.

–¿Está muerto, míster Perrin? –pregunté cuando pude recobrar el aliento –. Parece estar muy mal.

–No –dijo míster Perrin, moviendo la cabeza –, veo el pulso latir en su garganta. Exposición y shock; pero su traje estaba especialmente construido... volverá en sí pronto.

Tomó el chiquillo en sus brazos y yo emprendí el camino tras él.

Diez minutos después el rapaz estaba envuelto entre mantas, tomando un cacao muy caliente. Yo tomé también un poco. Todo el mundo hablaba a la vez y mamá lloraba, pero aquello era normal, y papá se había largado.

Quiso extender un cheque para míster Perrin, pero éste lo rechazó con un gesto.

–No quiero recompensa alguna; es su hijo quien lo ha encontrado. Sólo puede usted hacerme un favor...

–Diga –dijo papá, todo almíbar.

–Abandone la Luna. No pertenece usted a ella; no es usted del tipo aventurero.

Papá aceptó el consejo.

–Se lo he prometido ya a mi mujer –dijo sin pestañear –. No tiene usted que preocuparse por ello.

Al marcharse seguí a mister Perrin y le dije particularmente:

–Míster Perrin, sólo quería decirle que volveré, si no le importa.

Me estrechó las manos con efusión y contestó:

–Ya lo sabía, muchacho.

FIN

Libros Tauro

<http://www.LibrosTauro.com.ar>